

PAUL DAVID TRIPP

**INSTRUMENTOS**  
EN LAS MANOS  
DEL **REDENTOR**

*Cómo ayudar a otros  
que también necesitan  
transformación*

  
P U B L I S H I N G  
P.O. BOX 817 • PHILLIPSBURG • NEW JERSEY 08865-0817

## CONTENIDO

- Prefacio 7
1. La mejor noticia de todas 9
  2. En las manos del Redentor 27
  3. ¿En verdad necesitamos ayuda? 47
  4. El corazón es el blanco 67
  5. Entiende la lucha de tu propio corazón 85
  6. Tras los pasos del  
Admirable Consejero 105
  7. Involúcrate en su mundo  
para forjar la relación 125
  8. Identifícate con su sufrimiento  
para forjar la relación 153
  9. Conoce a la persona 177

10. Descubre en qué puntos  
se requiere una transformación 201
11. Las metas de hablar la  
verdad en amor 219
12. El proceso de hablar la  
verdad en amor 243
13. Determina la agenda y aclara  
las responsabilidades 263
14. Inculca su identidad en Cristo  
y la rendición de cuentas 285

Apéndice 1. Cómo abrir los  
ojos de los ciegos: otra mirada  
a la recopilación de datos 305

Apéndice 2. Lo que aporta el  
consejero al proceso de recopilación  
de datos 319

Apéndice 3. Estrategias para la  
recopilación de datos 335

Apéndice 4. Las doctrinas que  
motivan las tareas 355

Apéndice 5. Las tareas y las cuatro  
fases de la consejería 369

## P R E F A C I O

Lo que Dios ha determinado para Su iglesia es tanto maravilloso como serio. Es maravilloso porque Él es un Dios celoso y decidido. Su obra en Su pueblo no fallará, sino continuará hasta quedar terminada. Es serio porque esta obra obedece a un modelo que implica a «todo mi pueblo, todo el tiempo».

Para muchos de nosotros sería un alivio si Dios hubiera puesto nuestra santificación en las manos de profesionales capacitados y pagados, pero, sencillamente, este no es el modelo bíblico. El plan de Dios es que, por medio del ministerio fiel de cada miembro, el cuerpo entero pueda crecer hasta alcanzar la madurez plena en Cristo. Los líderes de Su iglesia han sido dotados, posicionados y seleccionados para capacitar y movilizar al pueblo de Dios para este estilo de vida ministerial que abarca a «todo mi pueblo, todo el tiempo».

El paradigma es sencillo: cuando Dios te llama a Sí mismo, también te llama a ser un siervo, un instrumento en Sus manos redentoras. Todos Sus hijos han sido llamados al ministerio, y cada uno necesita la intervención diaria que ofrece este ministerio. Aunque siguieras al Señor por un milenio, no dejarías de necesitar el ministerio del cuerpo de Cristo. Lo necesitarías tanto como el primer día en que creíste. Esta necesidad permanecerá hasta que se complete nuestra santificación en la gloria.

De esto se trata este libro: de cómo personas que necesitan transformación son instrumentos en las manos de Dios para efectuar ese mismo tipo de transformación en otros. La meta de este libro no es solo que vidas sean transformadas al ofrecer y recibir ayuda. La meta es ayudar a transformar la cultura misma de la Iglesia.

Estoy convencido de que la Iglesia hoy en día tiene muchos más consumidores que participantes comprometidos. Claro, puede que Fulanito y Menganita se ofrezcan para alguna actividad específica como una escuelita dominical en el verano o un proyecto de diaconado, pero esto a menudo se queda muy corto del modelo de «todo mi pueblo, todo el tiempo» que nos presenta el Nuevo Testamento. Nuestra tendencia hacia el consumismo eclesiástico ha debilitado gravemente a la Iglesia. Para la mayoría de nosotros, la iglesia es solo un evento al que asistimos o una organización a la que pertenecemos. No la consideramos un llamado que determina nuestra vida entera.

Ahora bien, considera que jamás podríamos contratar a sueldo a suficiente personal como para satisfacer las necesidades ministeriales de la iglesia local promedio. Debemos abandonar la cultura de la Iglesia evangélica moderna donde «el cuerpo pasivo paga a los profesionales» para, en su lugar, incorporar el modelo ministerial que Dios, en Su sabiduría, ha ordenado. Este libro se escribió con este propósito.

Al igual que cada vez que termino un proyecto como este, estoy consciente de lo privilegiado que soy. Tener seis meses libres de mis responsabilidades ministeriales normales para concentrarme en escribir es un regalo maravilloso. Agradezco a John Bettler, al profesorado y al personal de la Christian Counseling and Educational Foundation (CCEF) y a todo el pueblo de Dios que ha dado sacrificialmente para hacer esta obra posible. Debo también agradecer a Sue Lutz. Sue, tus habilidades de edición son excepcionales. Gracias por estar dispuesta a transformar mis pensamientos en palabras que tengan sentido y gracias por estar dispuesta a darme las «malas noticias» cuando estás convencida de que son para bien del libro.

Debo agradecer también a mi familia. Luella, tú eres mi ayuda y mi más grande defensora, pero, más que eso, eres mi mejor amiga. Me he beneficiado de tu ministerio diario durante los últimos treinta años. Justin, Ethan, Nicole y Darnay, gracias por tenerle paciencia a un papá que sigue aprendiendo a vivir lo que ha sido llamado a enseñar.

A ti, lector, que Dios te bendiga en abundancia a medida que asumes Su llamado a ser parte de lo más importante que está sucediendo en el universo: la redención.

Paul David Tripp

# 1. LA MEJOR NOTICIA DE TODAS

Una razón para levantarnos  
por la mañana

¿Cuál es la mejor noticia que pudieras imaginar? ¿Cuál es tu sueño ideal «Si tan solo...»? ¿Es volverte multimillonario y comprar la casa de tus sueños? Podría ser tener el trabajo que siempre quisiste. O que tu cónyuge de pronto se vuelva la persona que siempre esperaste que fuera. O que tu hijo corrija sus pasos, viva una vida responsable y se case con una persona maravillosa. ¿Cuál sería la mejor noticia para ti?

Permíteme preguntarlo de otra manera. ¿Por qué te levantas en la mañana? ¿Qué te mueve y te motiva durante el día? ¿Qué vale tanto la pena que estás dispuesto a dedicarle tu tiempo, tus talentos y tu energía? ¿Qué tan significativo para ti, al grado de que has edificado tu vida entera entorno a ello?

Este libro se trata de la mejor noticia que un ser humano podría recibir. Se trata de algo tan significativo que hace que todo lo que hacemos valga la pena aunque no somos más que personas imperfectas en un mundo destrozado. Esta noticia no tiene nada que ver con fantasías, sueños ni expectativas poco realistas. En cambio, se fundamenta en hechos históricos y en realidades presentes. Penetra hasta la situación humana más difícil con esperanza transformadora. Es lo único por lo que de verdad vale la pena vivir. Es la buena noticia.

### **Para «captar» la noticia, tienes que entender la historia**

Durante un breve período cuando Dios creó al mundo, personas perfectas caminaron por un mundo perfecto en unión perfecta con Dios. El medio ambiente era frondoso y abundante, con una gran variedad de animales que poblaban el aire, la tierra y el mar. Toda necesidad física y espiritual estaba satisfecha. No había ni estómagos vacíos ni enfermedades que temer. Los huertos estaban libres de cardos y de espinos.

El hombre y la mujer, Adán y Eva, vivían en unión perfecta entre sí. No había un sentido insano de competencia ni luchas de poder ni venganzas, ni recriminación. No había complots, ni palabras crueles ni temor, ni culpa, ni vergüenza, ni rebeldía contra la autoridad. Había entendimiento, comunicación y amor.

No se batallaba con la identidad, la ansiedad, la depresión ni la adicción. No había historias personales difíciles que superar. No había miedos respecto al futuro, ni motivaciones encontradas, ni luchas con deseos desordenados. No había tentación a pecar.

También había una perfecta unión con Dios. Según Su diseño, la gente lo amaba, lo adoraba y lo obedecía. En el fresco del día, hasta caminaban con Dios en el huerto y gozaban de un compañerismo perfecto con su Hacedor. Eran los administradores internos del mundo, colocados por Dios para gobernar lo que Él había hecho, y cumplían bien con su trabajo. Dios no tenía de qué confrontarlos, y ellos no tenían nada que confesar. Todo era perfecto, día con día. La vida era mejor que cualquier cosa que podamos imaginarnos desde nuestra perspectiva dañada por el pecado.

Lo triste es que no duró mucho. En el acto de rebeldía más trascendental de la historia, el hombre y la mujer se salieron del plan que Dios había ordenado. En un segundo, todo se vino abajo. Toda la maravillosa belleza del mundo quedó profunda y permanentemente trastocada.

En un instante, el temor, la vergüenza y la culpa se volvieron experiencias humanas cotidianas. Aquellos que alguna vez vivieron en perfecta armonía ahora acusaban, mentían y se peleaban por mandar. Los cardos y las enfermedades se volvieron problemas diarios. La gente comenzó a desear y a hacer lo malo. En lugar de someterse a

la autoridad de Dios, vivían como sus propios dioses. El mundo que alguna vez entonó el cántico de la perfección ahora gemía bajo el peso de la caída.

El pecado alteró todo pensamiento, anhelo, palabra y acto. Creó un mundo de doble ánimo y de motivaciones encontradas, de adoración propia y de egocentrismo. La gente anhelaba ser servida, pero aborrecía servir. Deseaba controlar y promovía el engaño de la autosuficiencia. Se olvidaron de su Creador y adoraron Su creación. En lugar de amar a los demás y de usar las posesiones para expresar ese amor, amaron las posesiones y a usar a los demás para conseguirlas. La segunda generación de la humanidad hasta llegó a asesinar. Comenzaron a mentir, engañar, ocultarse y negar. La gente sufría a manos de los demás, desde actos de indiferencia momentánea hasta abusos físicos y sexuales indescriptibles. Por primera vez, el ser humano lloró por causa del duelo en su interior y del sufrimiento a su alrededor.

Dios ahora veía a Su mundo destrozado por el pecado. Él no estaba dispuesto a dejarlo así, así que ideó un plan. Tardaría miles de años. Requeriría emplear las fuerzas de la naturaleza y controlar el curso de la historia humana, pero el podía hacerlo. Desde el momento de la caída, generación tras generación, Él lo controló todo para que, algún día, pudiera arreglar lo que se había dañado tan terriblemente. En el momento perfecto, envió a su Hijo Unigénito a este mundo.

### **Ahora sí, la mejor noticia de todas**

El anuncio inicial de esta buena noticia es tan breve que podríamos pasarlo por alto. Viene al principio del Evangelio de Marcos, en unas pocas frases que surgen de un corto versículo. Sin embargo, es un buen resumen de por qué vino Jesús.

Marcos registra así las palabras de Jesús: «Se ha cumplido el tiempo [...]. El reino de Dios está cerca. ¡Arrepiéntanse y crean las buenas noticias!» (Mr 1:15, NVI). Es tentador creer que esta no es más que la manera de Jesús de presentarse a Sí mismo, pero Su anuncio va mucho más allá. Nos da a todos los que vivimos las duras realidades de la caída la única razón válida para levantarnos por la mañana. Nos ofrece una esperanza maravillosamente práctica e intensamente personal.

La noticia comienza con estas palabras: «Se ha cumplido el tiempo». Jesús está diciendo: «Esto es lo que Dios ha estado preparando. Toda la historia ha conducido hasta este momento». Dios no había olvidado a la humanidad ni perdido interés en ella. Desde aquella primera caída terrible en el pecado, Él había estado llevando al mundo hasta ese día. Lo que parecía no tener sentido y estar fuera de control era, en realidad, el desarrollo de la maravillosa historia de redención de Dios, la cual llegó a su cúspide con la venida de Cristo.

Considéralo: toda cosa buena y mala documentada en el Antiguo Testamento tuvo un propósito. Todas las batallas, las travesías, las pruebas, los reinos, las revelaciones y los milagros... todas las intrigas políticas y personales... todo fue parte de un plan cuidadoso para llevar al mundo hasta ese punto específico. Mucho antes de que se pronunciaran las palabras en Marcos, Dios le había estado anunciando a Su pueblo que Él restauraría lo que se había quebrantado, pero ellos casi nunca lo entendieron. Jesús comienza Su ministerio diciendo: «¿Entienden lo que por fin está sucediendo? Este es el día del cual hablaron los profetas, cuando la esperanza ambigua se vuelve una clara realidad. ¡Se ha cumplido el tiempo!».

La pregunta es: «¿Se ha cumplido el tiempo para qué?». Jesús está anunciando la cercanía del reino de Dios. Es una manera sutil de decir: «Yo soy el Rey de reyes y he traído conmigo el poder de Mi reino». En otras partes, Cristo deja claro que Su reino no es uno político ni terrenal. Él dice que este reino está «entre ustedes» (ver Lc 17:20-21, NVI). La solución de redención de Dios no llegaría por medio de una revolución política ni de una guerra física. La batalla principal se libraría y se ganaría en el corazón humano.

En nuestra cultura ensimismada, tenemos la necesidad de ver el esplendor de este reino. No podemos reducirlo al tamaño de nuestras necesidades y deseos. El reino nos lleva mucho más allá de nuestras situaciones y relaciones personales. El Rey no vino para hacer posibles nuestros planes, sino para integrarnos a algo más asombroso, glorioso y maravilloso de lo que podríamos imaginar. Puede que la mejor manera de entender estos propósitos sublimes sea darle un vistazo a la eternidad. En Apocalipsis 19:6-8, la gran multitud de los redimidos está delante del altar y, cual estruendo de un torrente, exclama:

«¡Aleluya!

Porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso rein

Regocijémonos y alegrémonos, y démosle a Él la gloria,

Porque las bodas del Cordero han llegado y Su esposa

se ha preparado».

Y a ella le fue concedido vestirse de lino fino,

resplandeciente y limpio.

Medita en las palabras del cántico. No dice: «¡Me dieron el empleo! ¡Mi matrimonio fue fantástico! Tuve grandes amigos y mis hijos fueron exitosos». Tampoco dice: «Vencí la depresión y dominé mis miedos». Hay dos cosas que cautivan el corazón de esta multitud. La primera es que Cristo ha obtenido la victoria final. Su voluntad se ha cumplido, Su plan se ha llevado a cabo y Él reina sin impedimentos para siempre. Dios ha reunido un pueblo que tiene pasión por Su gloria y que encuentra su consuelo definitivo en Su gobierno. Estas son personas que lo siguieron por fe y pagaron un gran precio por su obediencia, personas que se sacrificaron y sufrieron pero sin el más mínimo remordimiento. Han encontrado su satisfacción duradera en la persona y en el señorío del Redentor.

La segunda cosa gloriosa es que la celebración definitiva finalmente ha llegado, las bodas del Cordero. Se escucha un grito estruendoso cuando la multitud se da cuenta de que no solo ha sido invitada a las bodas, *sino que es la esposa*. Todos van vestidos del lino más fino. Todas sus cicatrices y las manchas del pecado ya no están. Todos los trapos de inmundicia han desaparecido. Están limpios... por fin y para siempre. Están frente al Esposo, puros y santos.

Cuando le prestamos atención a la eternidad, nos damos cuenta de que el reino se trata del cambio radical que Dios efectúa en las personas, pero no es de la manera egocéntrica que nuestra cultura supone. Cristo vino para romper nuestra lealtad a esta agenda tan atrofiada y llamarnos a la única meta por la que vale la pena vivir. Su reino se trata de manifestar Su gloria y de personas que son santas. Este es el cambio para el que vino, vivió, murió y resucitó. Son la vida y la labor que Él nos ofrece a cambio de las glorias temporales que buscaríamos en su lugar. El propósito de esta agenda del reino es controlar nuestro corazón y transformar nuestra vida.

Observa que Cristo liga las buenas noticias a un llamado al arrepentimiento. La Biblia define el arrepentimiento como un cambio radical en el corazón que resulta en un cambio radical en la dirección de la vida de uno. Esto solo es posible si hay un poder de cambio. ¿No sería cruel en extremo llamar a personas que están paralizadas por el pecado a cambiar sin darles el poder para hacerlo? Aquí es donde el mensaje se vuelve más emocionante. Jesús está diciendo: «Puesto que Yo he venido, el cambio permanente de corazón sí puede suceder». Es cierto que el quebranto del mundo es terrible, pero el Rey ha venido, ¡y ha traído con Él el poder y la gloria de Su reino!

Tal vez estés en las garras de un pecado específico que nunca has podido vencer. Tal vez seas parte de una comunidad dividida que no parece tener remedio. Tal vez tu propio matrimonio se ha quedado corto del buen plan de Dios. Tal vez estés arrastrando reliquias dolorosas de tu propia historia a dondequiera que vas. Tal vez estés cansado de buenas intenciones que se descarrilan, de promesas rotas y de esperanzas y sueños destrozados. Nuestra necesidad de transformación está alrededor y dentro de nosotros.

El pecado que asedia nuestro corazón hace que todo sea más difícil. Trastorna el amor en lujuria egoísta. Le roba al hogar la seguridad que Dios ha diseñado para él y lo convierte en un sitio donde se reciben las heridas humanas más profundas. Corrompe los espacios laborales, le roba al gobierno su bondad y hasta mancha a la Iglesia. Y, a fin de cuentas, lleva a la muerte.

No puedes escapar del pecado porque mora dentro de ti. Todas las cosas que aprendes se tuercen por su poder. No puedes ingeniártelas para vencerlo, ni sobornarlo. No puedes mudarte para escaparte de él. Es por eso que la venida del Rey es la mejor noticia de todas.

¡El cambio es posible! Puedes estar en medio de las realidades más crueles del pecado y tener una esperanza que nunca te decepcionará (Ro 5:1-5). Ese matrimonio puede cambiar. Ese adolescente puede cambiar. Esa iglesia puede cambiar. Esa amistad puede cambiar. Se puede acabar con esa amargura. Esa compulsión puede romperse. Ese temor puede vencerse. Ese corazón de piedra puede reblandecerse y palabras dulces pueden salir de una lengua que alguna vez fue amarga. Un servicio amoroso puede salir de una persona que alguna vez fue totalmente egocéntrica. Es posible tener poder sin corromperse.

El hogar puede ser un lugar de seguridad, de amor y de sanidad. El cambio es posible porque ¡el Rey ha venido!

En todo esto, la meta suprema de Dios es Su propia gloria. Cristo vino para restaurarles a las personas el propósito para el que fueron creadas: para vivir todo aspecto de su vida en adoración, sumisión y obediencia a Él. Él lo logra al impartirle vida a un corazón muerto para que entendamos cuánto lo necesitamos. Él vive sin pecado y guarda la ley en nuestro lugar. Él entrega Su vida como la pena del pecado para que nosotros podamos recibir perdón pleno. Él nos adopta en Su familia, otorgándonos todos los derechos y privilegios de Sus hijos. Él a diario nos conforma a Su imagen. Él nos hace capaces, por Su gracia, de hacer lo correcto. Su Espíritu mora en nuestro interior, convenciéndonos de pecado, esclareciendo la verdad y dándonos el poder para obedecer. Él nos hace parte del cuerpo de Cristo, donde podemos aprender y crecer. Él gobierna sobre todo acontecimiento para Su gloria y para nuestro bien. Él nos hace los objetos de Su amor eterno y redentor.

La Biblia llama a este cambio *redención*. No solo somos transformados, sino también restaurados para Dios. Esto es lo que hace posibles todos los demás cambios.

### **Nuestra noticia debe ser la buena noticia**

Cuando Jesús comisionó a Sus discípulos a ministrar en Su nombre, este es el mensaje que les dijo que proclamaran. Cuando enfrentamos nuestras propias luchas con el pecado y ministramos a personas que parecen estar atrapadas por cosas que no pueden superar, este también debe ser nuestro mensaje. Debemos proclamar con fidelidad: «La esperanza solo se encuentra en Jesucristo, el Rey de reyes. En Él, es posible un cambio permanente y personal del corazón». Cualquier otro mensaje promueve una falsa esperanza.

Quienes batallan con la vida en un mundo caído a menudo quieren explicaciones, pero lo que en sí necesitan es imaginación. Quieren estrategias, técnicas y principios porque, sencillamente, quieren que las cosas mejoren, pero Dios ofrece mucho más que esto. La gente necesita ver a sus familias, vecinos, amigos, ciudades, trabajos, historias e iglesias y percibir el reino. Necesitan imaginación: la capacidad

de ver lo que es real, pero que no puede verse con los ojos. En esto fijaba Pablo su mirada (2 Co 4). Necesitan ver una ciudad y percibir la gloriosa compañía de los redimidos que está siendo reunida, en medio de una tremenda batalla espiritual, para vivir en unión con Dios. Necesitan ver a sus propios hijos y percibir a un Redentor que desea su corazón. Necesitan estudiar la historia y percibir a Dios cumpliendo Sus propósitos. Las personas necesitan ver la luz de la esperanza de la existencia humana: que el ser humano puede conocer, amar y servir a Dios. Que puede tener comunión eterna con Él y formar una comunidad de amor que no es posible de otra manera. Todo esto es posible gracias a que el Rey ha puesto en ellos Su amor y Su gracia.

Como pecadores, tenemos la tendencia natural de alejarnos del Creador para servir a la creación. Le damos la espalda a la esperanza que se encuentra en una Persona y buscamos la esperanza en sistemas, ideas, personas o posesiones. Tenemos a la Esperanza real delante de nosotros, pero no podemos verla. En cambio, nos sumergimos en el montículo de ideas humanas para extraer un pequeño rayo de revelación. Nos decimos que por fin hemos encontrado la clave, aquello que marcará la diferencia. Obedecemos a esta revelación y aceptamos el engaño de que nuestro cambio personal será permanente. La decepción, sin embargo, no tarda en volver. El cambio fue temporal y cosmético, y no tuvo el poder para penetrar hasta el fondo del problema. Así que regresamos al montículo una vez más, decididos a escarbar en el lugar adecuado esta vez. ¡Eureka! Encontramos otro rayo de revelación, uno que parece ser más profundo que el anterior. Nos lo llevamos a casa, lo estudiamos y lo ponemos en práctica, pero siempre terminamos en el mismo lugar.

La buena noticia nos enfrenta a la realidad de que la ayuda que transforma el corazón jamás se encontrará en ese montículo. Solo se encontrará en el Hombre, Jesucristo. No debemos ofrecerles a las personas un *sistema* de redención, un conjunto de verdades y de principios. Les ofrecemos un *Redentor*. Es en Su poder que encontramos la esperanza y la ayuda que necesitamos para vencer hasta al enemigo más poderoso. La esperanza se encuentra en la gracia del Redentor, el único medio verdadero de cambio duradero.

Esto es lo que diferencia al creyente de la psicología de nuestra cultura. Puesto que le ha dado la espalda al Señor, el mundo solo puede ofrecerle a la gente algún tipo de sistema. Reduce la esperanza a un

conjunto de observaciones, a una colección de revelaciones o a pasos en un proceso. Nosotros, por el contrario, nos encontramos con las personas cuando están escarbando con desesperación en el montículo y, en amor, les pedimos que nos entreguen su pala. Con bondad, los alejamos del montículo y los dirigimos con gozo hacia el Hombre, Jesucristo. Esta es la esencia del ministerio personal.

Nuestra tendencia por sustituir al Rey con cosas creadas, sin embargo, no muere con facilidad. Asoma la cabeza incluso mientras buscamos las respuestas en las Escrituras. Acudimos a la Biblia con una actitud de «¿dónde puedo encontrar un versículo sobre este tema?». Se nos olvida que la única esperanza que ofrecen sus principios radica en la Persona, Jesucristo. Y también se nos olvida que la Biblia no es una enciclopedia, sino una historia del plan de Dios para rescatar a una humanidad desesperanzada e indefensa. Es una historia de personas rescatadas de su propia autosuficiencia y sabiduría y transportadas a un reino donde Jesús es lo principal y la verdadera esperanza está viva.<sup>1</sup>

No podemos tratar la Biblia como una colección de lecciones terapéuticas. Hacer esto, distorsiona su mensaje y no resultará en un cambio duradero. Si un sistema pudiera darnos lo que necesitamos, Jesús nunca habría venido. Él vino porque nuestro quebrantamiento no tenía ningún otro remedio. Él es la única respuesta, de manera que nunca debemos ofrecer un mensaje inferior a las buenas noticias. No podemos ofrecer un sistema; debemos dirigir a las personas hacia el Redentor. Él es la esperanza.

### **La razón por la que la esperanza radica en una Persona**

Si has de ayudar a alguien, necesitas saber cuál es su problema y cómo solucionarlo. Tú acudes al mecánico porque él puede determinar por qué tu auto no está funcionando y cómo arreglarlo. Toda perspectiva confiable sobre el cambio personal debe hacer lo mismo. Debe diagnosticar correctamente qué tienen las personas y qué se necesita para que cambien.

---

1 Para un estudio más profundo, ver «Wisdom in Counseling», *The Journal of Biblical Counseling* [Revista de consejería bíblica], vol. 19.2, (invierno del 2001), 4-13.

Aquí es donde nuestra cultura se equivoca del todo. Al rechazar la perspectiva bíblica de la antropología, el mundo elimina cualquier esperanza de tener la respuesta correcta para «¿Cuál es el problema?». Y si tenemos la respuesta incorrecta, ¿qué posibilidad hay de dar la solución adecuada?

¿Por qué hacemos lo que hacemos? ¿Es mi problema, en esencia, un problema de información? ¿Puede la solución radicar en un conjunto de revelaciones bien documentadas y lógicas? ¿O es mi problema, en esencia, un problema de experiencias? ¿Lidiar con mi pasado resolverá el problema? ¿Es mi problema, en esencia, biológico? ¿Resolverá mi problema ayudarme a lograr un balance químico? ¿O acaso el problema es algo mucho más profundo que todas estas cosas? La respuesta de las Escrituras a esta última pregunta es un claro y resonante «¡Sí!».

Las Escrituras concuerdan en que tengo un problema de información porque no sé lo que tengo que saber. También afirma el efecto de nuestras experiencias, aunque sostiene que nuestro problema principal precede a nuestras experiencias y va más profundo que ellas. La Biblia también reconoce la compleja interacción entre nuestra naturaleza física y espiritual, pero nunca afirma que nuestro problema fundamental sea biológico. De esta manera, la Biblia es radical cuando la comparamos con nuestra cultura.

La Biblia dice que nuestro problema principal, la razón fundamental por la que hacemos lo que hacemos, es el *pecado*. ¿Qué significa esto? Las Escrituras definen el pecado como una *condición* que resulta en un *comportamiento*. Todos *somos* pecadores y, por ende, todos *hacemos* cosas pecaminosas. Es por eso que dije que nuestro problema fundamental precede a nuestra experiencia. David lo plasma bien en el Salmo 51: «Yo nací en iniquidad, y en pecado me concibió mi madre» (v. 5). Lo que David está diciendo es: «Yo nací con un problema fundamental. Lo tuve desde mucho antes de mi primera experiencia. Algo anda mal con mi ser interior que afecta la esencia de mi funcionamiento como ser humano». Esto tiene implicaciones tremendas. Como el pecado es mi naturaleza humana, es inescapable. Afecta todo lo que pienso, digo y hago. Guiará mis apetitos, mi respuesta a la autoridad y mi toma de decisiones. Alterará mis valores, determinará mis sueños y esperanzas y conformará cómo interpreto cada cosa.

Si quieres lidiar con tus propias dificultades o ayudar a otros que quieren lidiar con las suyas, debes corregir ideas equivocadas. Sí, debes lidiar con el sufrimiento del pasado y con las formas en que el cuerpo no está funcionando, pero debes hacer más que esto. Debes ayudar a la persona a vencer el pecado que distorsiona todas estas experiencias. Considera dos ejemplos.

Pamela viene de un hogar muy abusivo. El peor momento del día era cuando su padre llegaba a casa del trabajo. Pamela intentaba siempre estar fuera de la casa o escondida en la seguridad de su habitación para mantenerse fuera de peligro. Estas experiencias tuvieron una influencia poderosa. Debemos llorar con Pamela y enojarnos por los pecados que se cometieron contra ella, pero debemos hacer más que eso.

Al examinar las luchas actuales de Pamela, te das cuenta de que su problema no es solo su experiencia, sino cómo lidiado con ella. Ella es controladora en extremo, así que a otras personas les cuesta trabajo trabajar con ella o ser sus amigas. Siempre se la pasa discutiendo y exigiendo que los demás reconozcan que ella tiene razón. Está obsesionada con lo que los demás piensan de ella, lo cual determina cada interacción que tiene con los demás. Su mantra personal es: «¿En qué me beneficia?». Critica y juzga y casi nunca le da a nadie el beneficio de la duda.

Cuando Pamela habla contigo, sin embargo, se describe como una persona con sufrimiento profundo. Habla de cómo siente rechazo y soledad constantes. No se explica que los demás la consideren intimidante. Siente que nadie respeta su opinión.

¿Qué sucede con Pamela? ¿Son todos sus problemas presentes resultado de su pasado? Queda claro que hay más en juego. Ella está batallando no solo con los horrores de su pasado, sino también con cómo ha lidiado con ellos. Las Escrituras siempre nos llevan a este punto. Si el pecado es parte de nuestra naturaleza, siempre estaremos lidiando no solo con nuestra historia, sino también con la manera en la que el pecado distorsiona nuestra manera de lidiar con ella. La única manera de recibir ayuda será al lidiar con nuestro pasado y con nuestro propio pecado. Esto es esencial porque *los pecadores tendemos a responder en pecado cuando alguien peca contra nosotros*.

Es por eso que la única esperanza para Pamela (y para nosotros) es un Redentor. No podemos escapar de nuestra pecaminosidad.

Necesitamos más que amor y aliento, información y perspicacia. Necesitamos ser rescatados. Cualquier cosa menos que esto no podrá lidiar con nuestro verdadero problema.

Consideremos a otra persona, Juan. El padre de Juan era anciano de la iglesia, y su madre estaba comprometida con el ministerio. Juan se crio en un buen hogar cristiano donde la adoración familiar era una experiencia diaria y compartida. El padre de Juan trabajaba duro y era muy exitoso. Sus padres tenían una relación sólida y se comunicaban relativamente bien con sus hijos. Juan fue a una escuela cristiana y sus padres tenían los recursos suficientes para enviarlo a una buena universidad. Pero Juan no estaba bien.

Juan ya ha tenido una larga serie de trabajos de corto plazo y se ha casado dos veces. Su enojo es palpable. Juan se queja de que vive en un mundo de cretinos que no tienen tiempo para escuchar a alguien que sabe lo que está haciendo. Dice que ha perdido sus trabajos porque sus jefes se sentían intimidados de que él supiera más del negocio que ellos. Considera que sus ex-esposas son débiles en lo emocional e incapaces de vivir con alguien confiado que lo tiene «todo resuelto».

¿La vida presente de Juan fue influenciada por su familia de origen? ¡Por supuesto! Una vez más, sin embargo, no es la historia completa. Juan, en esencia, está batallando con *Juan*. El pecado no solo me hace responder en pecado al sufrimiento, sino que me hace responder en pecado a la bendición. El chico inteligente se burla del chico tonto. El atleta se burla del niño con dos pies izquierdos. Nuestro problema interno es tan grande que ni siquiera podemos lidiar con la bendición de forma apropiada.

Juan necesita más que revelación. Necesita ser rescatado de sí mismo y, para esto, necesita un Redentor. Es por eso que no podemos solo ofrecer un sistema ni solo dar un consejo de cómo lidiar con el pasado. Debemos guiarlos hacia un Redentor poderoso y presente. Él es nuestra única esperanza. ¡Él ha vencido el pecado por nosotros! Él nos ofrece voluntariamente Su gracia que transforma nuestro corazón y nuestra vida.

Es por eso que Pablo escribe de forma tan directa en Colosenses 2:8: «Miren que nadie los haga cautivos por medio de su filosofía y vanas sutilezas, según la tradición de los hombres, conforme a los principios elementales del mundo y no según *Cristo*». La filosofía del mundo

es engañosa porque no puede cumplir lo que promete. Aunque esté bien documentada y presente un argumento lógico, no está centrada en Cristo. Ya que el pecado (la condición) es nuestro problema, la ayuda y esperanza verdaderas solo se encuentran en Él. Cualquier otra respuesta terminará vacía.

## **Los efectos del pecado**

El pecado es la enfermedad suprema, la psicosis magna. No puedes escapar de él, ni vencerlo por cuenta propia. Mira a tu alrededor y verás sus marcas en todos lados. El pecado complica lo que de por sí es complicado. La vida en un mundo caído es más difícil de lo que Dios quiso, y nuestro pecado la empeora aún más. Lidiamos con mucho más que el sufrimiento, la enfermedad, la decepción y la muerte. Nuestro problema más profundo no es empírico, biológico ni relacional; es moral y lo altera todo. Distorsiona nuestra identidad, altera nuestra perspectiva, descarrilla nuestro comportamiento y nos quita la esperanza. Moisés mencionó esto cuando describió la cultura humana antes de la caída: «El SEÑOR vio que era mucha la maldad de los hombres en la tierra, y que toda intención de los pensamientos de su corazón era solo hacer siempre el mal» (Gn 6:5). Esto es lo que nos hace el pecado. ¡Esta es la enfermedad suprema!

Nuestro primer hijo fue un bebé bastante activo. Se pasaba los días agarrando, aferrándose y escalando a mi esposa, Luella, como si ella fuera el gimnasio infantil supremo. Luego, a los ocho meses y medio, este pequeñín dio sus primeros pasos. No pasó mucho tiempo antes de que anduviera por la casa a toda velocidad. Recuerdo pensar que no parecía natural. Se suponía que no debía estar caminando ¡pero lo estaba!

Cuando un bebé comienza a caminar, necesita protección de todo un nuevo conjunto de peligros en casa. Una forma de proteger a tu hijo es arrodillarte, mirarlo a los ojos y advertirle sobre ciertos peligros. Lo llevas por la casa, señalándole las cosas que debe evitar. Me pareció una tremenda pérdida de tiempo a su edad, pero aun así le advertí a nuestro pequeño sobre los contactos eléctricos en cada habitación. Le dije: «No los toques, y jamás les metas algo. ¡Podría matarte!». Me miró con una expresión ausente. Un dedo jugaba con

su camiseta y otro iba de viaje en su nariz. Le pregunté si me entendía. Él asintió sin mucha convicción y se dirigió a su siguiente aventura. Yo estaba seguro de no haber logrado nada.

Un par de tardes después, yo estaba leyendo en la sala de estar cuando vi de reojo que el bebé me estaba mirando. Me miró y luego miró hacia la pared y luego de vuelta a mí, repitiendo el ciclo varias veces. Cuando le pareció que yo estaba lo suficientemente distraído, se dirigió derechito hacia el contacto en la pared. Justo antes de darle un emocionante primer toque, hizo algo que me dejó sorprendido. Se detuvo, volteó para ver si yo estaba mirándolo y luego estiró la mano hacia el contacto mientras yo saltaba para rescatarlo.

Esa última mirada demostró que *sí* había entendido mi pequeño discurso, que *sabía* que estaba yendo en contra de mi voluntad, que estaba intentado ocultar su rebeldía y que, sin poder explicarlo, se sentía atraído por algo que claramente estaba prohibido. Al menos tres de los elementos devastadores del pecado son obvios en este pequeño recuerdo.

Lo primero que produce el pecado es *rebeldía*. Esto es más que romper unas cuantas reglas; es una falla fundamental en el carácter. No es algo que se aprende; es algo con lo que se nace.

Yo no tuve que enseñarle a mi hijo a desear las cosas prohibidas, a buscar oportunidades para brincarse la autoridad y a querer tocar el «fruto prohibido». Yo hago lo mismo, y tú también. Ya sea estacionarnos en un lugar prohibido, ser creativos en la declaración de impuestos, huir de mamá en la tienda de juguetes, negarnos a someternos al consejo de un anciano o entregarnos a alguna lujuria secreta, la rebeldía está presente en cada uno de nosotros.

La rebeldía es la tendencia innata de creernos las mentiras de la autonomía, de la autosuficiencia y del egocentrismo. Esto resulta en la violación habitual de los límites dados por Dios. La autonomía dice: «Yo tengo el derecho de hacer lo que quiera, cuando quiera». La autosuficiencia dice: «Yo tengo en mí mismo todo lo que necesito, así que no necesito depender de nadie ni someterme a nadie». El egocentrismo dice: «Yo soy el centro de mi mundo. Está bien vivir para mí mismo y hacer solo lo que me haga feliz». Estas son las mentiras del huerto, las mismas mentiras que Satanás ha susurrado en los oídos dispuestos de generación tras generación. Estas mentiras niegan

nuestra naturaleza como seres humanos. No fuimos creados para ser autónomos. Fuimos diseñados para someternos a Dios cada día y vivir para Su gloria. Salirnos de este diseño nunca funcionará.

Este espíritu de rebeldía afecta cómo lidiamos con las dificultades y con la bendición. La independencia, la autosuficiencia y el egocentrismo nos llevan a pensar en nosotros primero y a brincarnos las barreras entre nosotros mismos y nuestros deseos. Queremos controlar y odiamos que nos controlen. Queremos definir las reglas y cambiarlas según nos convenga. En esencia, queremos ser Dios y gobernar nuestro propio mundo conforme a nuestra voluntad. Sin importar contra qué más nos rebelemos, nuestra rebeldía a fin de cuentas es contra Dios. Nos negamos a reconocer Su autoridad, robándole Su gloria y usurpando Su derecho a gobernar.

El pecado también produce *insensatez* en nosotros. La insensatez cree que no hay perspectiva, idea, teoría o «verdad» más confiable que la nuestra. Se cree la mentira de que tenemos la razón. Nos hace distorsionar la realidad y vivir en un mundo que nosotros mismos creamos. Es como si miráramos la vida a través de un espejo de carnaval, convencidos de que vemos con claridad.

Mi hijo había recibido una advertencia del peligro, pero, en su insensatez, se creyó más sabio que yo. La insensatez controla al hombre que no se abre al consejo de nadie y a la persona que ve poca necesidad de estudiar la Palabra de Dios. Esta insensatez distorsiona nuestro sentido de identidad, destruye nuestras relaciones, retarda nuestro crecimiento y descarrila nuestra transformación.

La insensatez nos convence de que estamos bien y de que nuestras decisiones rebeldes e irracionales están bien y son lo mejor. La insensatez es un rechazo de nuestra naturaleza fundamental como seres humanos. Jamás fuimos creados para ser nuestra propia fuente de sabiduría. Fuimos diseñados para recibir la revelación de Dios, depender de las verdades que Él ha de enseñarnos y aplicar estas verdades a nuestra vida. Fuimos creados para basar nuestras interpretaciones, decisiones y comportamientos en Su sabiduría. Vivir fuera de esta voluntad nunca funcionará.

Cuando David dice en Salmo 14:1 que «el necio ha dicho en su corazón: “No hay Dios”», habla del fundamento de la insensatez. Nuestra insensatez es un rechazo de Dios, un deseo innato por sustituir

la sabiduría de Dios con la nuestra. La esencia de todo es que queremos ser nuestro propio dios y revelarnos a nosotros mismos toda la «verdad» que necesitamos.

Por último, el pecado nos deja *incapaces* de hacer lo que Dios nos ha ordenado hacer. Esta *incapacidad* marca toda situación y relación en nuestra vida. No es solo que yo no quiera hacer la voluntad de Dios o que crea que mi camino es mejor. Incluso cuando tengo la intención correcta, no puedo llevarla a cabo. Siempre me quedo corto del estándar de Dios.

¿Alguna vez te has preparado para una conversación difícil con un amigo? Repasas tus diálogos y anticipas las posibles respuestas de la otra persona. Intentas identificar dónde podría descarrilarse la conversación y te preparas para no decir algo de lo que te arrepentirías. No quieres «perder los estribos» esta vez. En medio de la conversación en sí, sin embargo, algo sucede. La otra persona te lastima, la temperatura emocional se dispara y te das rienda suelta. Después del encuentro, ¡no lo puedes creer! ¡Hiciste exactamente lo que habías decidido no hacer!

El apóstol Pablo plasma esta experiencia con poder en Romanos 7: «Pues no hago el bien que deseo, sino que el mal que no quiero, eso practico». ¿No te ha sucedido? Pablo continúa: «Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo la ley de que el mal está presente en mí. Porque en el hombre interior me deleito con la ley de Dios, pero veo otra ley en los miembros de mi cuerpo que hace guerra contra la ley de mi mente, y me hace prisionero de la ley del pecado que está en mis miembros» (vv. 19, 21-23).

Lo que Pablo está diciendo, en efecto, es: «Incluso cuando quiero someterme a la autoridad de Dios y hacerle caso a Su sabiduría, ¡termino haciendo lo que está mal! Fallo a pesar de mis mejores intenciones». No es solo que seamos rebeldes e insensatos. El pecado nos deja como cuadripléjicos morales. Somos, por naturaleza, incapaces de hacer lo correcto. ¿Quién de nosotros podría decir que nuestro enojo contra nuestros amigos siempre ha sido justo? ¿Qué marido podría decir que siempre ha amado a su esposa como Cristo ama a la Iglesia? ¿Qué persona tiene un amor constante por su prójimo como por sí misma? Fallamos en todas estas cosas, incluso cuando queremos hacer lo correcto, porque nuestros músculos morales han sido atrofiados

por el pecado. Sencillamente, no podemos hacer el bien para el que fuimos creados. Este es uno de los resultados más trágicos de la enfermedad suprema, el pecado.

Como seres humanos, no podemos transitar la vida por cuenta propia. Necesitamos rescate, sanidad y perdón. En resumen, necesitamos a Dios. Necesitamos las buenas noticias, la nueva del Rey que ha venido y hecho posible el cambio duradero. Solo esta es nuestra esperanza personal y la base de nuestro ministerio a otros.

La buena noticia del reino no es que podemos ser libres de las dificultades, del sufrimiento y de las pérdidas. Es la noticia de un Redentor que ha venido para rescatarme de *mí mismo*. Su rescate produce una transformación que altera mis respuestas innatas a estas realidades inescapables. El Redentor convierte al rebelde en discípulo, al insensato en oidor humilde. Hace al cojo caminar. En Él, podemos enfrentarnos a la vida y responder con fe, amor y esperanza. Y, según Él nos transforma, Él también nos permite formar parte de lo que está haciendo en la vida de otros. Al responder a la obra del Redentor en tu vida, puedes aprender a ser un instrumento en Sus manos.